

## Capítulo 494

### Finalmente... El Mundo intermedio

Abaddon y Ayaana continuaron así al menos durante otra hora, antes de que ya no pudieran justificar sus continuas faltas de responsabilidad mutua.

Respirando pesadamente, Abaddon salió lentamente del trasero de Ayanna y las sostuvo para asegurarse de que no se cayeran.

Levantó sus cuerpos para poder mirarlos correctamente y pudo observar su expresión post orgasmo favorita.

Acercó sus labios a los suyos y se besaron amorosamente y sin reservas ni decencia.

Abaddon las llevó al amplio cuerpo de agua de la caverna y lavó el amor seco de sus cuerpos de la noche anterior.

Durante todo este tiempo, nunca se separaron el uno del otro y nunca detuvieron su beso, ni por un momento, mientras se limpiaban mutuamente.

Pero cuando finalmente tuvieron que separarse, hicieron una pausa y se miraron entre sí, con la promesa de que continuarían con esto más tarde.

—¿Por qué mis amores parecen tan tristes? —preguntó Abaddon con una sonrisa cansada—. ¿Acaso no os he amado lo suficiente?

En lugar de participar en el evidente coqueteo de su marido, las chicas apoyaron la cabeza en su pecho y le dieron un abrazo, que habría aplastado las costillas de un hombre normal.

"Cariño... ¿recuerdas cuando dijiste que confiarías en nosotras con tu vida...?"

"Por supuesto que sí. ¿Necesitáis algo de mí?"

Las chicas asintieron lentamente, avergonzadas incluso de tener que preguntar.

"Cuando te enfrentes a Yaldabaoth... te pedimos que encuentres otras formas de derrotarlo de forma permanente. No puedes comerte su corazón de ninguna manera". Una comprensible confusión se reflejó en el rostro de Abaddon.

Sus esposas sabían que podían pedirle todo lo que quisieran, pero él no esperaba en absoluto que pidieran misericordia para uno de sus mayores enemigos.



—N-no te estamos pidiendo que le perdones la vida, solo decimos que debes encontrar otra forma de matarlo —aclararon las chicas.

La frente de Abaddon se suavizó, pero todavía miraba fijamente a los ojos de las chicas, sin apartar la mirada.

"¿Es este otro de esos momentos en los que no me está permitido haceros preguntas adicionales, ni preguntar los motivos de vuestra solicitud?"

Las chicas asintieron lentamente y Abaddon dejó escapar un suspiro a medias.

"Está bien entonces... haré lo que me pedís."

Las muchachas miraron a Abaddon con ojos llenos de esperanza.

"Gracias..!"

Abaddon no dijo nada al principio y permitió que las chicas lo besaran en la mejilla con gratitud.

Confiaba a sus esposas todo lo que tenía, eso era cierto.

Sin embargo, empezaba a preguntarse qué era exactamente lo que las chicas sabían que él no.

Y por qué parecía causarles un nivel de estrés tan visible.

En silencio, esperaba que el final de esta batalla, que tenían por delante, marcaría el fin del secreto y podría tener las respuestas a las preguntas que comenzaban a acumularse.

\*\*\*

En su dormitorio, la pareja se vistió en silencio.

Abaddon se puso el atuendo que solía usar antes de una gran batalla: una falda negra con patrones demoníacos que corrían por el costado de una pierna y un cuello de piel a juego que colgaba alrededor de sus anchos hombros.

Terminó de atarse el cabello hacia atrás e hizo crujir su cuello una vez antes de darse la vuelta y echar una buena mirada a la mujer más hermosa que jamás haya existido.

Quizás debido a las sugerencias de Seras y Bekka, las chicas habían alterado su condición corporal a una forma que era menos adecuada para los abrazos y más para el derramamiento de sangre.

Atrás quedaron sus michelines y su suave estómago, sobre el cual Abaddon podía apoyar su cabeza durante semanas seguidas, y en su lugar se formaron



los abdominales más perfectos que jamás hayan adornado una forma femenina.

Sus pechos y sus glúteos se habían encogido unas cuantas tallas, y sus piernas se habían vuelto mucho más delgadas y tonificadas.

Habían cubierto su delicada piel color caramelo con un par de elegantes leggings blancos, colocados justo por encima del ombligo y un top negro tipo sujetador deportivo.

Sus pies no sólo estaban desnudos, sino que se habían transformado en los pies escamosos con forma de garra de un dragón, con cuatro dedos situados en la parte delantera y un quinto saliendo del talón.

Sus brazos estaban descubiertos, sin mangas, lo que les permitía mostrar sus atrevidos tatuajes negros y tener su movimiento lo más desinhibido posible.

Parecían tan encantadores como mortales.

Ambos cerraron sus armarios al mismo tiempo, antes de volverse para mirarse a los ojos.

Mostraron las mismas pequeñas sonrisas de agradecimiento antes de tomarse en silencio las manos y salir juntos de su habitación.

Primero, entraron a la habitación de su hijo menor.

A las seis de la madrugada, Straga todavía estaba durmiendo, agotado por los nervios por exceso de azúcar que le había provocado haber comido seis rebanadas de pastel de bodas la noche anterior.

Besaron al joven en ambas mejillas, antes de salir de la habitación sin hacer un solo sonido.

Hicieron lo mismo con los siguientes cinco hijos, pero cuando llegó el momento de los dos mayores, descubrieron que ya estaban despiertos.

Thea y Apophis estaban parados uno al lado del otro en el pasillo, y parecía que ambos habían estado despiertos por un rato.

Jasmine también estaba apoyada en la pared, entre ellos, y una vez que vio venir a Abaddon y Ayaana, se enderezó en una postura militar formal.

Abaddon y Ayaana la encontraron linda y apenas pudieron reprimir la sonrisa que se formó.

"Emperador, Emperatriz... Como su general, les insto encarecidamente a que reconsidere su decisión de no..."



Abaddon rodeó con su brazo los hombros de Jasmine y acercó su rostro a su pecho.

"¿Hm? ¿Quién es nuestro general? Pensé que eras mi pequeña Jazzie-Pie".

"Soy demasiado mayor para un apodo como ese, ¡y ciertamente este no es el momento para bromas!"

Abaddon alborotó el cabello de su nuera y borró su expresión malhumorada.

"Podríais pensar que os estamos menospreciando al tomar solo el Éufrates y la Legión Negra, pero esto es por vuestra seguridad.

"Simplemente no estáis listos todavía... No os pondré en peligro a todos, arrastrándoos a una batalla como esta".

Esas palabras parecieron dolerle terriblemente el corazón a Jasmine, y le costó todo su interior no permitir que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Ayanna la tomó de las manos, antes de atraerla hacia sí para abrazarla.

Valerica: "Por favor, no te enojas con nosotros por nuestra decisión.

Serás un general fenomenal y liderarás a la Legión Escarlata a mayores alturas de las que yo jamás podría alcanzar... pero no hoy, mi amor.

Por hoy, todavía necesitas aprender todo lo que puedas y aprovechar las oportunidades para hacerlo".

Esto hizo que Jasmine inclinara la cabeza confundida, en lugar de llorar.

-No entiendo... ¿Qué quieres decir?

Ante esto, Abaddon sonrió, mientras tomaba a su hijo y a su hija bajo sus brazos.

"Creo que os hemos tenido esperando demasiado tiempo. Todavía estáis esperando nuestra decisión, ¿verdad?"

Abaddon escuchó el sonido de los corazones de sus hijos acelerándose como motores en miniatura, y se rió suavemente.

"Thea, mi preciosa hija, y Apophis, mi justo hijo. Coged a vuestros hermanos y liderad a la Legión Escarlata hasta la Duat, para recuperar a vuestra hermana. Dejad que Camazotz os guíe".

La incredulidad se reflejó en los ojos de ambos niños, mientras parpadeaban continuamente.

"¿ E-En serio..?"





"N-No bromees, viejo..."

Esto sólo hizo que Abaddon sonriera más ampliamente, mientras negaba con la cabeza.

—Bueno... no así. Tengo un pequeño regalo para ti, pero no sé si podrás soportarlo. Si eres capaz... de hecho podrás llevar a cabo tu misión.

El dragón levantó su mano y dos energías arremolinadas se envolvieron alrededor de sus palmas.

Una era celestial, casi angelical y ordenada.

La otra era ligeramente caótica, necrótica y siniestra.

"Respirad profundamente, mis queridos herederos. Manteneos firmes en vuestras convicciones."

Abaddon puso sus manos sobre las bocas de ambos niños, y sus ojos prácticamente se salían de sus cráneos.

\* \* \*

La base principal de la Legión Negra estaba inquietantemente silenciosa.

En este lugar aislado, había 100.050 dragones sentados de rodillas con los ojos cerrados; cada uno de ellos en posición meditativa.

Ninguno de ellos se movió siquiera, mientras esperaban el momento en que se les ordenara hacer lo contrario.

A la cabeza de las fuerzas armadas, se podía ver a Asmodeus, Adeline e incluso Kanami, esperando pacientemente, sin que sus bocas se atrevieran a pronunciar una sola queja.

De repente, el aire adquirió una nitidez familiar y los ojos de todos los dragones presentes se abrieron milagrosamente.

A la cabeza, Abaddon y Ayaana estaban de pie, juntos, tomados de la mano, ambos luciendo majestuosos, autoritarios y regios. "¿Te hemos hecho esperar demasiado?"

—Por supuesto que no, Dios —dijo Adeline con sinceridad—. Marchamos por orden tuya y solo tuya.

"Todos están aquí y están bien informados", añadió Asmodeus. "Nadie se atrevería a escabullirse".

Abaddon echó una última mirada a sus soldados, que lo observaban con ardientes miradas de determinación.





Ninguno de ellos habría pedido volver a casa, incluso si se lo hubiera ofrecido, por lo que decidió acertadamente saltarse los discursos de hoy.

"Veo.."

*¡Crack!*

En un instante, Abaddon y los 100.050 dragones fueron transportados fuera del Sheol, a los fríos e infinitos confines del espacio mismo.

Ahora que tenían más espacio, los soldados del ejército dejaron de lado sus disfraces humanos y dejaron que su majestad fuera apreciada abiertamente.

Abaddon reunió una cantidad aborreciblemente grande de poder en su puño y golpeó el vacío frente a él como si no fuera nada.

Se escuchó un crujido y la realidad misma literalmente tembló, antes de que una enorme grieta se abriera en la oscuridad infinita.

Abaddon miró por encima del hombro una última vez, para dar un consejo a todos los monstruosos dragones negros que estaban dispuestos a morir por él.

"Sólo tengo dos órdenes que daros: no muráis y no os desaniméis. Vámonos."

Finalmente, Abaddon y Ayaana volaron hacia la enorme grieta en el espacio, con el mar de dragones monstruosos siguiéndolos de cerca.

Lo que vieron cuando estuvieron dentro fue algo que nunca esperaron.

Realidades verdaderas y diferentes, todas prosperando detrás de distintos fragmentos de lo que parecía vidrio.

Parecía que esto no terminaría nunca, y en efecto así fue.

Pero Abaddon no venía allí a hacer turismo.

Dirigiendo su mirada hacia el fondo de ese océano sin fin, finalmente puso sus ojos en el dominio que le había causado tantos problemas durante el último año y medio.

Tehom, El Abismo Negro.

